



La **innovación**  
**partidista** de las  
**izquierdas**  
en América Latina

**La innovación partidista de las izquierdas en América Latina**

© 2008, ILDIS - FES

Primera edición: Octubre 2008

ISBN:

Impreso en el Ecuador

Edición:  
**Franklin Ramírez Gallegos**

Coordinación editorial:  
**Anabel Estrella**

Diseño:  
**Verónica Ávila/  
Activa Diseño Editorial**

Diseño portada:  
Adaptación del diseño  
de **Gisela Calderón**

Impresión:  
**Imprimax**

Tiraje:  
1000 ejemplares

Las opiniones vertidas en este texto no necesariamente coinciden con las de las instituciones que lo auspician. Se autoriza a citar o reproducir el contenido de esta publicación siempre y cuando se mencione la fuente.

# índice

presentación 7

introducción 11

uno 30

## Primera parte

dos 36

tres 40

cuatro 44

cinco 50

seis 55

siete 60

ocho 66

**MICHAEL LANGER  
FRANKLIN RAMÍREZ GALLEGOS**

El difícil tiempo de los partidos políticos  
–Democracia partidaria, democracia  
de opinión y política ciudadana–  
**FRANKLIN RAMÍREZ GALLEGOS**

Representación, participación  
y democracia  
**ALBERTO ACOSTA**

Los partidos y movimientos políticos  
de las izquierdas en el siglo XXI

El Polo Democrático Alternativo de Colombia  
**NELSON BERRIO REYES**

Certezas, paradojas e incertidumbres  
del Polo Democrático Alternativo  
**LUIS CARLOS VALENCIA**

El Polo Democrático Alternativo  
y la izquierda ecuatoriana  
**EDGAR ISCH LÓPEZ**

El Partido de los Trabajadores: entre  
el poder popular y el gobierno  
**IOLE ILIADA LOPES**

Por una Fuerza Política de Izquierda  
**NORMAN WRAY REYES**

El MAS en la lucha política popular  
y en los niveles de gobierno  
**SANTOS RAMIREZ**

Momentos –de tensión– en la conformación  
y consolidación del MAS-IPSP  
**MOIRA ZUAZO**

nueve	<b>71</b>	El Frente Amplio en Uruguay y su fuerza pluralista <b>ROBERTO CONDE</b>
diez	<b>77</b>	El acumulado político del Frente Amplio en Uruguay <b>AGUSTÍN CANZANI</b>
once	<b>83</b>	Lucha política de izquierda y cambio civilizatorio en América Latina <b>GUSTAVO AYALA</b>
doce	<b>88</b>	La democracia es el bastión del socialismo <b>MARCELO SCHILLING</b>
trece	<b>95</b>	Tres ideas en torno a la experiencia política del socialismo chileno <b>SANTIAGO ESCOBAR</b>
catorce	<b>102</b>	Ejes de debate sobre la Concertación Chilena <b>XAVIER BUENDÍA</b>
<b>Segunda parte</b>		<b>Los procesos de unidad en la izquierda ecuatoriana</b>
quince	<b>106</b>	Análisis comparativo de procesos de unidad en la izquierda ecuatoriana <b>SILVIA VEGA</b>
diez y seis	<b>114</b>	La experiencia del Frente Amplio de Izquierda (FADI) en Ecuador <b>RENÉ MAUGÉ M.</b>
diez y siete	<b>121</b>	Dinámicas socio-políticas en la construcción de Alianza País <b>AUGUSTO BARRERA</b>
diez y ocho	<b>126</b>	Alianza País: una apuesta política novedosa <b>GUSTAVO LARREA</b>
diez y nueve	<b>133</b>	Los nuevos movimientos sociales y las izquierdas <b>RICARDO CARRILLO</b>

## introducción

El difícil tiempo de los  
partidos políticos

—Democracia  
partidaria,  
democracia  
de opinión  
y política  
ciudadana—

**FRANKLIN RAMÍREZ GALLEGOS**

Franklin Ramírez Gallegos / Sociólogo.  
Fue Coordinador Académico de Proyectos  
de ILDIS-FES Ecuador (2007-2008),  
actualmente es profesor de la Facultad  
Latinoamericana de Ciencias Sociales sede  
Ecuador.

*“Não vivemos somente um ‘tempo de partido, tempo de homens partidos’, como diz a poesia de Drummond. O nosso também é um tempo de partidos partidos”*

MARCO A. NOGUEIRA (2008)

*“Es una ilusión o una hipocresía sostener que la democracia es posible sin partidos políticos...la democracia es necesariamente e inevitablemente una democracia de partidos”*

H. KELSEN (1929)

En un momento en que en América Latina la democracia parece generalizarse como régimen político, son patentes también los problemas de legitimidad de los partidos políticos, la extensión de un clima de cuestionamiento a las instituciones públicas, por su irrelevancia para resolver los problemas y las demandas más acuciantes de la sociedad, y una persistente desconfianza de los ciudadanos entre sí y hacia el Estado, sus autoridades y la política en términos globales. El ideal democrático no tiene rival hoy en día, dice P. Rosanvallon, pero los regímenes que lo encarnan suscitan en casi todas partes fuertes críticas<sup>1</sup>.

El advenimiento al poder, desde fines del siglo XX, de fuerzas progresistas y de líderes de vocación transformacional ajenos a las estructuras partidarias que gobernaron durante los años 90 proviene, en parte, de esta misma atmósfera de crisis y desazón con la política y, en muchos casos, ha llevado a una profunda transformación o al colapso de los sistemas de partidos vigentes desde los años ochenta. El desmantelamiento de la matriz estatal-desarrollista de inclusión social y la implementación de políticas de ajuste, con efectos altamente excluyentes y concentradores, incidieron en la pérdida de respaldo social y confianza pública en los gobiernos y partidos que administraron la agenda del Consenso de Washington.

<sup>1</sup> Pierre Rosanvallon, 2006, *La contre-démocratie. La politique à l'âge de la défiance*, Editions du Seuil, Paris (Versión en español: *La Contrademocracia*, 2007, Ediciones Manantial).

Así, la problemática definida como una crisis de la representación política en la región alude a la incapacidad de los sistemas de partidos para generar un consenso parcial que permita procesar y canalizar un conjunto heterogéneo de demandas sociales. En el marco de un conflictivo proceso de ajuste estructural y liberalización económica, esta pérdida de capacidades políticas ha operado en detrimento, sobre todo, de la figura de los partidos políticos como generadores de discursos, programas y prácticas constitutivas de la acción colectiva democrática<sup>2</sup>.

El juego político aparece entonces, en nuestros días, mucho más allá de las dinámicas partidarias, en medio de la eclosión de nuevos formatos de acción política –en que se entremezclan ‘plataformas electorales de base personalista’, movimientos sociales, redes públicas más o menos translocales, asociaciones cívicas, ONGs, movimientos políticos, etc.–, de transformaciones en las tendencias participativas de la sociedad, y de ascenso de nuevas ideas políticas y propuestas de renovación normativa e institucional de la democracia.

### Los límites normativos

La crisis de legitimidad de los partidos políticos se inscribe en un proceso más profundo de agotamiento de las bases institucionales y de los principios normativos de la democracia liberal. Ya en 1995, Philippe Schmitter, sugería que la democracia liberal tendrá que afrontar enormes desafíos al punto que su futuro puede terminar siendo cada vez más “tumultuoso, incierto y accidentado”<sup>3</sup>. Más recientemente ha añadido que, a diferencia del pasado, el rechazo general y principista de la democracia liberal no provendrá de alternativas autocráticas sino de la reafirmación de los fundamentos de la teoría democrática<sup>4</sup>.

El desgaste de la democracia liberal, en efecto, está lejos de ser un fenómeno de coyuntura y que pueda ser acotado a regiones ajenas a Europa Occidental y América del Norte. Incluso en estas zonas, la participación

<sup>2</sup> Ver Carlos Moreira, Diego Raus y Juan Carlos Gómez Leyton, 2008, *La nueva política en América Latina. Rupturas y continuidades*, Introducción, Ediciones Trilce, Montevideo.

<sup>3</sup> Philippe Schmitter, 1995, “Democracy’s Future: More Liberal, Pre-liberal or Post-liberal”, *Journal of Democracy*, vol. 6, No. 1, pp. 15-22.

<sup>4</sup> Philippe Schmitter, 2005, “Un posible esbozo de una democracia post-liberal”, en *Democracia post-liberal*, Benjamín Arditi (editor), Anthropos, México.

electoral ha descendido progresivamente del mismo modo que lo han hecho las tasas de afiliación sindical, asociativa y partidaria, el prestigio de los políticos, la confianza en los parlamentos, la identificación con los partidos y la misma estabilidad de las preferencias electorales. A la vez, han proliferado experiencias de democracia directa, participativa, y deliberativa –que pujan, a la vez, por la apertura de espacios de deliberación pública entre políticos y ciudadanos y por una incidencia efectiva de éstos en las dinámicas gubernativas– y el apareamiento y encumbramiento de líderes y candidaturas anti-partido en diversos puntos del planeta. Más aún, la pérdida de legitimidad de la democracia liberal no se reduciría a un solo campo ideológico –aunque ciertamente desde la izquierda la inconformidad con su desenvolvimiento se ha hecho más evidente en el marco del retraimiento de la acción estatal– y parece abarcar también a sectores importantes del centro y la derecha política.

Entre los principios básicos de la democracia liberal se cuenta su concepción individualista de los sujetos políticos, los ciudadanos, y del mismo procedimiento democrático. Ello se articula con una visión voluntarista de la forma y del contenido de la participación política y con su insistencia en que los derechos provienen de normas legales que van más allá de la contingencia de las disputas políticas: de ahí su énfasis en la igualdad formal y su indiferencia hacia la desigualdad sustantiva en la distribución de beneficios sociales y en la real capacidad de influencia política. El único nexo legítimo, además, entre ciudadanos y autoridades públicas es aquel que se deriva de la competencia partidaria enmarcada en específicas formas de representación territorial. El proceso de toma de decisiones se sitúa, así, en manos de unas élites dirigentes de base territorial seleccionadas una vez cada tanto por masas de ciudadanos cuya irrupción en la escena política tiene el efecto, según ha estimado el liberalismo desde Weber a Schumpeter, de volver más compleja la conducción gubernativa que exige la moderna administración pública<sup>5</sup>.

Algunos de estos principios han sido cuestionados en términos teóricos y a nivel de la misma evolución de los marcos institucionales y constitucionales con que diversas naciones han concebido sus fundamentos democráticos. Tales críticas apuntan más a los rasgos liberales que a las características democráticas de los regímenes establecidos. Conviene por ello resaltar, en lo que sigue, algunos de los cuestionamientos que atañen

5 Ver Leonardo Avritzer, 2002, *Democracy and Public Sphere in Latin America*, Princeton University Press, New Jersey.

directamente a los vigentes problemas de la representación política y que explican, en parte, el déficit de legitimidad de los partidos políticos en la política moderna.

Así, en el debate público y en los estudios especializados se menciona que la participación y el reclutamiento puramente voluntarios –en organizaciones y partidos– terminan por sesgar a ambos para favorecer a los grupos sociales que, usualmente, tienen más recursos y capacidades organizativas para influir en las estructuras de representación y en los procesos decisionales a los que ellas dan lugar. Si a ello se agrega la progresiva profesionalización de la política y la inmensa influencia de las burocracias partidarias en la gestión estatal, se hace evidente la sistemática exclusión de los sectores dominados del espacio público institucional, así como sus escasas probabilidades para influir en el proceso democrático. El campo de ‘ciudadanos efectivos’ –aquellos que pueden gravitar en la construcción y orientación de la agenda pública– tiende entonces a restringirse hacia unos pocos sectores sociales<sup>6</sup>.

Desde esta perspectiva se ha venido cuestionando la escasa disposición de la democracia liberal para admitir, al menos, la articulación entre las estructuras representativas convencionales y distintos dispositivos de democracia participativa, directa o deliberativa, que permitan generar mayores márgenes de acción a los sectores usualmente poco implicados en la vida política y, por tanto, relativizar el poder de los ‘elegidos’<sup>7</sup>. La responsabilidad de estos últimos ante los ciudadanos parece entonces ya no estar garantizada, si alguna vez lo estuvo, por la competencia electoral entre partidos y candidatos, ya sea porque éstos no ofrecen alternativas reales a los votantes, o porque una vez que han accedido a cargos públicos pueden bloquear los canales de comunicación y diálogo con los ciudadanos o, más simplemente, porque pueden usar los recursos de poder –y/o ser presionados por poderosas minorías– para ir más allá de las ofertas electorales que los encumbraron al ejercicio gubernativo.

Estos elementos han llevado a plantear que, al contrario de lo que reza uno de los postulados básicos de la democracia liberal, tal vez “los partidos políticos y las circunscripciones territoriales no brindan el único nexo –y,

6 Ver Yves Sintomer, 2007, *Le pouvoir au peuple. Jurys citoyens, tirage au sort et démocratie participative*, La Découverte, Paris.

7 Ver Archon Fung y Erick O. Wright, 2003, *Deepening Democracy: Institutional Innovations in Empowered Participatory Governance*, The Real Utopias Project, Verso Press, Londres.

en algunos casos, ni siquiera el nexo principal— entre los ciudadanos y sus gobernantes” (Schmitter, 2005: 251). Se ha hablado así, entre otras propuestas post-liberales, de la necesidad de otorgar un estatuto semi-público a las organizaciones (movimientos sociales o grupos de interés) a fin de que los ciudadanos puedan elegir entre candidatos presentados por éstas en el marco de circunscripciones funcionales (no territoriales), de recuperar la selección aleatoria (el sorteo) para la elección de ciertos funcionarios públicos<sup>8</sup>, o de dar apertura a redes mixtas (público/privado) de gobernanza democrática en específicas áreas de la política pública<sup>9</sup>. Se trata de propiciar un acceso más igualitario de los ciudadanos a diversas fuentes y formatos de acción colectiva con capacidad de influencia política<sup>10</sup> y, a la vez, de promover una mayor variedad de formatos de representación.

La inteligibilidad social de éstas y otras propuestas de innovación de las bases institucionales de la representación política y de la misma democracia moderna es aún escasa. Ello obedece, por un lado, a que el campo de actores sociales, políticos e intelectuales que las portan es aún difuso y, por otro, a la suspicacia con que, desde la opinión pública dominante y desde los optimistas defensores de la democracia liberal, se observa toda tentativa de interrogación y de reforma que no provenga de sus postulados básicos. Sucede que, de modo muy nítido desde 1989, se ha implantado en el debate público una distorsionada idea que supone que la conexión entre democracia y liberalismo es casi-natural y que, por tanto, el liberalismo es la única fuente normativa de la democracia.

Desde esta perspectiva, todo aquel que cuestione a la democracia representativa, individualista, voluntaria y funcionalmente articulada en una administración tecno-burocrática que se emplaza a nivel de los Estados-nación, puede ser acusado de anti-liberal o, peor aún, de anti-democrático y autoritario. Cabe recordar no obstante, y muy de pasada, que cuando los regímenes democráticos empezaron a transformarse, a ampliar su comunidad de ciudadanos en base a la extensión del sufragio universal, a incluir el reconocimiento político de grupos de interés y de activos movimientos sociales, en fin, a incorporar las masas al juego político, los

<sup>8</sup> Ver Sintomer, 2007.

<sup>9</sup> Ver Matilde Luna, 2005, “Las redes de acción pública: ¿un nuevo circuito de la ciudadanía?”, en *Democracia post-liberal*, Benjamín Arditi (editor), Anthropos, México.

<sup>10</sup> Dichos formatos alternos de acción colectiva tendrían, además, mayor posibilidad de despertar el interés de la sociedad por los asuntos públicos puesto que, hoy en día, las ‘pasiones ciudadanas’ tienden a activarse más intensamente en relación a heterogéneos intereses organizacionales y no ya en torno a cuestiones partidarias.

liberales se mostraron del todo incómodos y reticentes<sup>11</sup>. Si en algunos países el liberalismo coincidió con el advenimiento de la democracia de ello no resulta que dicha asociación carezca de ambigüedades y contradicciones, y que en la construcción y consolidación de las sociedades democráticas no hayan contribuido también otras doctrinas filosóficas y políticas.

## La política ciudadana

Los problemas de la representación política no están ligados únicamente, sin embargo, a los principios y diseños institucionales que dan forma a las dinámicas partidarias en la vida democrática. Las tendencias políticas y organizativas de la sociedad civil también muestran comportamientos que contribuyen a explicar las dificultades de los gobiernos representativos y el desprestigio que hoy enfrenta el mundo partidario en múltiples puntos del globo.

En efecto, desde hace al menos treinta y cinco años diversos estudios sociológicos han venido diseñando una serie de instrumentos para el análisis empírico del estado de la participación ciudadana en cada una de las naciones del orbe<sup>12</sup>. Estos trabajos parten del supuesto general de que la participación de las masas es esencial para la vida de la democracia. No existe un acuerdo, sin embargo, sobre las cantidades y la intensidad de la participación ciudadana que se considera necesaria o deseable para el buen funcionamiento y profundización de la democracia.

Los teóricos de la democracia participativa sostienen que el activismo, la implicación ciudadana en la toma de decisiones y la deliberación colectiva son valiosos por sí mismos y tienen efectos benéficos sobre la legitimidad del orden democrático<sup>13</sup>. Las visiones minimalistas de la democracia, por el contrario, asumen que el papel de los ciudadanos debe ser más bien restringido y debe limitarse a la elección periódica de sus representantes y a

<sup>11</sup> Ver Domenico Lasurdo, 2006, *Contra-historia do liberalismo*, Editotrial Idéias y Letras, Sao Paulo.

<sup>12</sup> El estudio precursor al respecto es el de Sydney Verba, Norman H. Nie y Jae-on Kim, 1971, *The Modes of Democratic Participation: a Cross-national Analysis*, Beverly Hill, CA.Sage.

<sup>13</sup> Entre los principales ver Benjamin Barber, 2004, *Democracia Fuerte*, Ed. Almuzara, Valencia; J. Bohman, 1996, *Public Deliberation*, Cambridge, MIT Press; Joshua Cohen y Joel Rogers, 1998, “Asociaciones secundarias y gobierno democrático”, en *Zona Abierta*, No. 84-85, Madrid; y Jurgen Habermas, 1996. *Between facts and Norms*. Cambridge, MA: MIT Press.

su escrutinio permanente<sup>14</sup>. En cualquier caso, y al margen de su extensión y alcance, todos los teóricos están de acuerdo en que la participación social es al menos uno de los indicadores del desenvolvimiento de las democracias modernas.

La bibliografía contemporánea sobre el tema tiende a dividirse en dos grandes corrientes. Aquella que sostiene que, desde fines del siglo XX, la participación ciudadana y el activismo político se encuentran en un estado de declive y deterioro, sobre todo, en las sociedades industriales y post-industriales, y de relativo estancamiento en las sociedades con economías y democracias en consolidación y desarrollo. Los síntomas o señales que se consideran para sostener esta hipótesis son la caída en los niveles de participación electoral, la intensificación de los sentimientos anti-partidistas y la debilidad en los niveles de afiliación asociativa (con la consecuente pérdida de centralidad de las organizaciones civiles)<sup>15</sup>.

La otra perspectiva sugiere, por el contrario, que más que de una erosión o de un deterioro sistemático de los niveles de participación se trata de un proceso de transformación o reinención en las formas de activismo político de los ciudadanos en diversos puntos del globo. Pippa Norris y Ronald Inglehart (2002 y 2003) han sido dos de los autores que con más notoriedad han venido sosteniendo esta visión. Desde su lectura, el problema de la cantidad e intensidad de la participación debe verse, sobre todo, en relación a la diversificación de las agencias ciudadanas (las organizaciones colectivas que modelan e incentivan las actividades políticas del resto de la sociedad), el cambio en los repertorios de acción colectiva (las acciones concretas que se utilizan como formas comunes de expresión política) y los alcances y objetivos de la acción política (los actores y las instituciones políticas en la que los actores sociales pretenden incidir). La visibilidad de los nuevos movimientos sociales, la intensidad y recurrencia de acciones masivas de protesta, y la importancia que, para ciertos grupos sociales, han alcanzado las nuevas tecnologías de información y comunicación (TICs) en sus formas de organización y movilización política constituyen algunos de los síntomas más visibles de este ‘nuevo activismo político’. Por ello, el planteamiento de estos autores señala, simplemente, que en lugar de tratarse de un proceso de estancamiento y decadencia de la participación

<sup>14</sup> Ver, sobre todo, J. Shumpeter, 1952, *Capitalism, Socialism and Democracy*. Londres: Georges Allen & Unwin.

<sup>15</sup> Ver, por ejemplo, M. Torcal y José Ramón Montero, 2006, *Political disaffection in Contemporary Democracies. Social Capital, institutions and politics*, New York: Routledge; y R. Putnam, 2000, *Bowling Alone*, New York: Simon & Schuster.

ciudadana, ésta se ha transformado y se ha adecuando a una nueva estructura de oportunidades sociales, hasta el punto de generar un “nuevo estilo de política ciudadana”<sup>16</sup>.

La idea de la emergencia de una nueva ‘política ciudadana’ no ha escapado de una intensa controversia entre sus mismos defensores. ¿Acaso significa, simplemente, que los tradicionales canales de expresión y participación ciudadanos (el voto, los partidos políticos, los sindicatos, los gremios, etc.) han sido sustituidos por formas no convencionales y alternativas de organización y participación social (los nuevos movimientos sociales, el Internet, la protesta, etc.)?

Lejos de esto, P. Norris ha sostenido que es preferible considerar que se trata de un proceso que complementa más que desplaza los canales tradicionales de la expresión y la movilización políticas, de manera que los otros (nuevos) canales de expresión política coexisten con los tradicionales dispositivos surgidos con las democracias representativas. Así, los activistas de las corrientes tradicionales se dirigirán estratégicamente a cualquier modalidad o forma de organización política que consideren más eficiente, ya sea las campañas en partidos y elecciones, el trabajo a través de organizaciones de grupos de interés convencionales como los sindicatos y las asociaciones civiles, o la difusión de sus inquietudes a través de manifestaciones y protestas en las calles.

### ‘Democracia partidaria’ y ‘democracia de opinión’

Las transformaciones de las dinámicas organizativas y participativas de la sociedad civil han impactado, en cualquier caso, en la centralidad que históricamente han tenido –aunque en grados diversos según específicos contextos históricos– los partidos políticos en el funcionamiento democrático de sus respectivas naciones. La democracia partidaria forma parte medular del gobierno representativo y, como B. Manin lo ha demostrado, llegó a constituirse incluso en una de sus variantes<sup>17</sup>. La evolución de los partidos ha marcado entonces las formas y los problemas de las modernas democracias representativas desde sus orígenes.

<sup>16</sup> Ver, P. Norris, 2002, *Democratic Phoenix: Reiventig Political Activism*, New York: Cambridge University Press; y R. Inglehart y P. Norris, 2003, *Rising Tide: Gender Equality and Cultural Change Around the World*, New York: Cambridge University Press.

<sup>17</sup> Bernard Manin, 1996, *Principes du Gouvernement Représentatif*, Flammarion, Paris.



Su ambiguo desenvolvimiento puede ser esquemáticamente retratado en el marco de dos de sus atributos o tendencias recurrentes: la inclusión/incorporación política y la centralización/burocratización organizativa. En efecto, por un lado, la emergencia de los partidos significó la incorporación de amplios sectores sociales a la vida política (los ‘partidos de masa’ en su versión socialdemócrata, socialista, comunista o nacional-popular y en ambos lados del Atlántico), con los consecuentes efectos de relativización progresiva del poder de elites y notables, y de inclusión de las demandas populares en el marco de un Estado social forjado gracias a su misma capacidad de presión. Desde esta perspectiva, los partidos han constituido un potente instrumento de mediación, organización y coagulación de los valores y los intereses presentes en el seno de la sociedad. Por otro lado, sin embargo, la dinámica partidaria ha estado siempre ligada a la emergencia de estructuras burocráticas, centralizadas y jerárquicas, y al funcionamiento de elites dirigentes parapetadas en sus capacidades de gestión de un ‘aparato’ que inevitablemente tiende a autonomizarse de sus bases: nada más lejos de los potenciales democratizadores que parecían encarnar<sup>18</sup>.

Robert Michels retrató impecablemente la tensión entre ambas tendencias en su estudio del partido social-demócrata alemán: originado y formado desde ‘abajo’, por medio de la organización de las masas obreras, dicho partido se impuso como uno de los ejes estructuradores del sistema de partidos alemán y terminó por consolidar, en el marco de sus avances electorales, a una elite, con diferente estatuto y condiciones de vida que las bases, caracterizada por su militancia y sus habilidades organizacionales. La democracia partidaria aparecía así como el puro reino de los militantes y de los ‘hombres de aparato’<sup>19</sup> (la “ley de hierro de la oligarquización” de las organizaciones políticas).

Constituidos en el marco de la conflictiva expansión del sufragio universal, los partidos políticos optaron también, desde muy temprano, por la forma de maquinarias electorales por medio de las cuales las élites políticas competían entre sí a fin de asegurar el mayor número de sufragios. Esta modalidad, estructurada en una lógica descendente de ‘arriba hacia abajo’, fue particularmente influyente en Estados Unidos e Inglaterra y, en nuestros días, parece ganar terreno en diversos puntos del planeta, incluso allí donde los partidos de masa, más ideológicos y estructurados, aún tienen cierta densidad política y anclaje social. En el funcionamiento partidario

<sup>18</sup> Ver Sintomer, ob.cit; y Manin, ob. Cit.

<sup>19</sup> Ver Robert Michels, 1991, *Los partidos políticos*, Argentina, Amorrortu,

del tipo maquinaria electoral la construcción ideológica y la (auto)organización de los sectores populares quedan largamente en un segundo plano o aparecen como efectos secundarios de los imperativos estratégicos de la conquista del voto.

La ‘electoralización’ de las maquinarias partidistas parece confluír, a la vez, con el advenimiento de un momento en que los medios de comunicación ocupan un lugar central en la estructuración de la vida política por medio de la escenificación televisiva de candidaturas y por el afinado uso de técnicas de marketing político que, como lo ha planteado R. Sennett, atenta contra el desarrollo de la dimensión deliberativa de la política democrática. La “marketinización” de la política fragiliza, además, la vida partidaria en beneficio de la explotación de nuevas arenas público-mediáticas mucho más propicias para acceder a extensas capas de potenciales votantes: “en un momento en que una emisión televisiva permite alcanzar a millones de electores, el trabajo de hormiga del militante que vende el periódico del partido o distribuye manifiestos queda largamente relativizado... La televisión pesa hoy mucho más que el congreso de cualquier Partido” (Sintomer, 2007:32).

Si en el ciclo de mayor vitalidad de los tradicionales partidos de masa los ciudadanos expresaban a través del voto, más que una opción política, un sentido de pertenencia y de identidad –muchas veces con un perfil nítidamente clasista– a una determinada comunidad política estructurada en torno a la vida partidaria<sup>20</sup>, en el contexto del apogeo de maquinarias electorales sostenidas mediáticamente parecería que la ciudadanía queda liberada de las lealtades partidistas y de las opciones que los ‘aparatos partidarios’ le ofrecen, y pasa a apostar por carismáticas figuras bien recibidas en los medios y adecuadamente producidas por los especialistas del marketing, la comunicación y los sondeos de opinión<sup>21</sup>. De la sólida confianza en el partido, usualmente transmitida de generación en generación, se habría transitado hacia una más volátil identificación con productos formateados desde las pulsiones mediáticas (la personalización de la elección electoral). Allí la permanente sensación de fragmentación e impredecibilidad política, y de obsolescencia de las dinámicas partidarias, con que hoy viven nuestras sociedades. Para Bernard Manin se trata de la emergencia

<sup>20</sup> Ver A. Pizzorno, 1989, “Sur la rationalité du choix démocratique”, en J. Lecca y P. Birnbaum, *Sur l’individualisme*, Presses de la F.N.S.P, Paris.

<sup>21</sup> R. Sennett (2006) vincula dicha tendencia de la política con la centralidad de la experiencia del consumo en la vida cotidiana contemporánea. Ver, *La Cultura del nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona.

de una “democracia de opinión” o “democracia del público” que ocuparía el lugar de la democracia partidaria como particular modelo de gobierno representativo (1996: 279-291).

El cuadro interpretativo no queda completo, sin embargo, sino se observa que en el marco de lo que se ha denominado ‘política ciudadana’ se desarrolla una tendencia política que mal puede ser capturada dentro de las figuras de la democracia partidaria o la democracia de opinión. Se trata de la emergencia de dinámicas de acción colectiva de un carácter globalmente horizontal, deliberativo y distanciado de la política institucional y sus derivas delegativas. La notoriedad de los Foros Sociales Mundiales, donde converge gran parte de la militancia alter-globalización, dejó entrever la fluidez y la heterogeneidad de las redes de movimientos sociales en el nivel global. Su relevancia política a nivel nacional y regional se constató con su alto protagonismo en la resistencia social a las políticas del Consenso de Washington (años 90), resistencia que abriría la ruta para el acceso al poder de unas fuerzas progresistas que hoy los tienen como uno de sus principales interlocutores. El dinamismo de los movimientos sociales permitió, en parte, la reactivación ideológica y estratégica de diversas fuerzas de izquierda e incluso, como es el caso de Ecuador y Bolivia, fue la base para su recomposición organizativa y su relanzamiento político<sup>22</sup>. Más allá de sus efectos en el juego de fuerzas, no obstante, la presencia de dichas dinámicas significó la innovación de la agenda pública y de las formas de acción política, y permitió la politización de importantes segmentos de una ciudadanía no directamente concernida con la competencia electoral o la toma del poder estatal.

Aunque tales prácticas no se corresponden con el cuadro analítico propio del gobierno representativo y la democracia partidaria sí terminan por afectarlas. Así, en una vereda diferente a la de la mediatización política, las asociaciones civiles, los movimientos sociales y las organizaciones ciudadanas han reducido también el margen de maniobra de los partidos políticos por medio de un extenso discurso anti-partidario que niega cualquier forma de representación política y apunta hacia formas radicales de auto-gestión organizativa y democracia directa. La ‘República sin partidos’, por la que abogan, elude la idea misma de intermediación política y genera obvios efectos de deslegitimación global de las instituciones democráticas. Así,

.....  
<sup>22</sup> El Movimiento Al Socialismo (MAS) de Evo Morales en Bolivia, y el Movimiento de Unidad Plurinacional Pachakutik – Nuevo País (Pachakutik) en Ecuador se estructuraron como prolongaciones o como instrumentos político-electorales de las organizaciones y movimientos sociales (indígenas y campesinos).

por ejemplo, las posibilidades de reclutamiento y formación de militantes y de cuadros políticos por parte de los partidos –uno de sus principales roles de cara al funcionamiento plural e inclusivo del sistema político– tienden a reducirse de modo sostenido, acelerando la distancia entre los diversos intereses sociales y la política, incrementando así las dificultades del sistema político para procesar las demandas ciudadanas.

### ¿Fin de ciclo?

Ahora bien, aunque suene contradictorio, la ‘política ciudadana’ y la misma crisis de la representación partidaria aparecerían como efectos de la consistente oleada democrática que vivimos desde fines de los años 70 y, por tanto, como expresión misma de la vitalidad de las expectativas democrática<sup>23</sup>. Así, como en otros puntos del globo, en América Latina significativas franjas de la sociedad han adquirido nuevas herramientas y destrezas políticas que las habilitan para un más amplio uso de sus derechos y para una mejor comprensión de las vicisitudes de la política.

Dichos aprendizajes ciudadanos, que pueden ser leídos también como modificaciones en ciertos aspectos de la cultura política, redefinen los criterios y los valores con que tradicionalmente la sociedad leía sus vínculos con el mundo de los partidos. Se juzga como inmoral o injusto aquello que antes era más fácilmente admitido como tolerable, y se transita de un vínculo identitario entre representantes y representados a una relación más exigente con sus decisiones y modos de proceder. La desconfianza con la clase política está hoy, en una medida no despreciable, cognitivamente sustentada. Germina el electorado vigilante y el ciudadano informado que, en momentos de crisis orgánica de la economía y la política, llegarán al punto de demandar el fin del vínculo al que sienten que les reduce la lógica partidaria: “¡Que se vayan todos!”, fue la consigna de multitudes de ciudadanos movilizados, a lo largo del primer lustro del nuevo siglo, en lugares tan ajenos como Buenos Aires o Quito.

Si se indaga más allá del mito del *ciudadano pasivo*, como el reciente trabajo de P. Rosanvallon (2006) nos emplaza a hacerlo, habrá de admitirse sin embargo que desde sus orígenes la evolución institucional de la democracia se alimentó de la desconfianza estructural en el poder y en la política. En su versión liberal, dicha desconfianza tomó la forma de la contención

.....  
<sup>23</sup> Juan Carlos Torre, 2004, “Los huérfanos de la política de partidos”, mimeo.

del poder desde el poder (la separación y el equilibrio entre poderes) y de la protección del individuo de las posibles invasiones del poder público. Fundada en una perspectiva pesimista de la democracia, la desconfianza liberal instituye la idea de la limitación de la autoridad y de la prevención democrática a los probables excesos del poder instituido.

En su versión democrática, al contrario, la política de la desconfianza procura que el poder sea fiel a sus compromisos originales y que no se diluya el deber primario de la política como un servicio al bien común. Esta dimensión es la que se expresa, bajo diversas formas, con mayor notoriedad en nuestros días: es la democracia de los poderes indirectos (legales e informales) diseminados en el cuerpo social para controlar a la democracia de la legitimidad electoral. De dichos poderes han resultado modos de ejercicio indirecto de la soberanía (la vigilancia, la obstrucción, el juicio) de acuerdo con formas no previstas en las constituciones. Es lo que el autor francés denomina “la contra-democracia”, no por ser lo contrario de la democracia, sino por que procura contrabalancear a las instituciones de la democracia representativa otorgando mayores poderes de veto a los ciudadanos.

En suma, en sociedades caracterizadas no solo por un profundo descrédito de la sociedad con la política, las nuevas formas de acción política desde la ciudadanía –de la mano de la misma mediatización de la política– marcan los contornos y los límites para el desenvolvimiento de la clase política y para la acción partidaria tal y como hasta hace poco nos las habíamos representado. La estructura social de la vida contemporánea contiene una serie de factores, entonces, que roban condiciones de posibilidad para la marcha habitual de los partidos políticos.

No parece casual, desde esta perspectiva, que a ojos de todo el mundo los partidos parezcan vagar sin rumbo, como muertos-vivos, en la escena pública. Ello no implica, sin embargo, que estén en vías de extinción o que vayan a perder su papel en la estructuración de las elecciones públicas, la formación de cuadros políticos o la disputa ideológica. Puede que incluso, en un futuro no muy lejano, recobren mayor dinamismo en el cumplimiento de estas funciones. La cuestión parece ser, más simplemente, que *se habrá agotado el ciclo en que la democracia se organizaba exclusivamente en torno a ellos*. No se trata, por tanto, de un problema de viabilidad electoral o de supervivencia fisiológica de los partidos –o de los nuevos movimientos políticos– sino de pensar en las condiciones y en las razones de su existencia.

Los dirigentes, militantes y simpatizantes que se dedican a mantenerlos en funcionamiento deberían por tanto, como sugiere M. Nogueira, proveerlos de ideas claras, de identidades y estrategias consistentes, de formas y métodos organizativos democráticos y participativos, de pasión cívica y de un programa que sobrepase la dimensión del poder. Cuestiones todas que se ubican en un nivel distinto y tal vez superior al del campo operacional y rutinario de la política. Dicho campo, no obstante, está omnipresente y tiende a magnetizarlo todo<sup>24</sup>.

Ahí el complejo desafío de gran parte de las fuerzas progresistas sudamericanas concernidas hoy, a la vez, con tareas de gobierno, de legislación, de movilización social y de estructuración organizativa, vale decir, plenamente imbuidas en los juegos reales y cotidianos de la política. ¿Alcanzarán así a ver la importancia para la salud de la democracia y para sus propios proyectos políticos de la afirmación y/o de la reconstrucción de las bases colectivas (partidarias o movimientistas) de la acción política? ¿Vislumbran acaso que la dinámica de organización interna trasciende el juego electoral y posibilita una efectiva interlocución entre política y sociedad? ¿Comprenden los riesgos de centrar la evolución de sus proyectos políticos en los resortes carismáticos y los potenciales mediáticos de sus candidatos? ¿Advierten acaso la necesidad de institucionalizar procesos organizativos/partidarios democráticos y con capacidad de articular y dialogar con fuerzas políticas afines y con otras dinámicas de acción colectiva no partidaria (bajo la forma de frentes, coaliciones, núcleos de convergencia)? ¿Consiguen observar que, por otro lado, la rigidez organizativa de los aparatos partidarios solo premia a determinados cuadros políticos y aísla la vida partidaria de otros espacios de acción política ciudadana? ¿Entienden, en suma, que sin una vida partidaria más densa, más deliberativa, y más incluyente su práctica política y gubernativa no tardará en ser también carcomida por las tendencias inerciales a la desconfianza social con la vida política?

### Noticia sobre el texto

Este libro busca constituirse, precisamente, en una herramienta para la reflexión sobre los procesos de crisis y las posibilidades de construcción e innovación de las dinámicas organizativas y partidarias de las fuerzas

.....  
<sup>24</sup> Marco A. Nogueira, 2008, “Partidos e homens partidos”, en *O Estado de S. Paulo*, (24 maio 2008).

progresistas que hoy en día enfrentan tareas de gobierno a nivel nacional y/o local.

Los puntos de partida son bastante diferenciados y heterogéneos. Poco tienen que ver, por ejemplo, el largamente institucionalizado Partido de los Trabajadores de Lula da Silva o el complejo proceso de consolidación y articulación de diversas agrupaciones políticas en el seno del Frente Amplio uruguayo con la plataforma electoral que debió construir en el Ecuador Rafael Correa para acceder al poder o con los procesos de auto-representación de los movimientos sociales que acompañaron a Evo Morales y al MAS al poder en Bolivia.

En los dos primeros casos se trata de partidos políticos que han operado activamente en la reconstitución y consolidación democrática de sus países, y de cuyo interior han surgido las figuras presidenciales que hoy lideran los procesos de cambio político en curso. Si bien el sistema partidario uruguayo da señales de mayor estabilidad que el brasilero, en ambos casos las dinámicas organizativas y las mismas directrices y conflictos de los partidos gobernantes atraviesan y modulan las opciones políticas de sus líderes.

En el Ecuador, por el contrario, Rafael Correa aparece como un *Presidente sin partido* que debió crear un movimiento político *ad hoc* para poder participar en el proceso electoral que lo llevó al poder. Un ‘outsider’, según cierta literatura politológica, que desconfía de las estructuras partidarias y prefiere consolidar su proyecto por medio del contacto –en plazas y mítines, pero también a través de elaboradas campañas mediáticas y de marketing político– con una ciudadanía en desbandada organizativa y harta de los partidos. En el Ecuador, en efecto, la legitimidad de la *revolución ciudadana* está ligada a su permanente des-anclaje de toda dinámica de organización partidaria<sup>25</sup>.

El MAS-IPSP boliviano aparece, también, como un espacio emergente en que convergen el líder y unas bases y organizaciones campesinas e indígenas que, aún si dependen cada vez más de sus nexos con el Presidente, pueden atemperar algunas de sus decisiones. Dichas organizaciones, ancladas en un denso tejido familiar y territorial, anteceden a la creación del instrumento político y tienen gran legitimidad en su seno. Convertido en el principal movimiento político del país, sin embargo, el MAS carece

<sup>25</sup> Sobre la desconfianza del entorno político de R. Correa con los partidos políticos y su distanciamiento de los movimientos sociales, ver F. Ramírez Gallegos (2007), “¿Giro en la izquierda?”, *Revista Entre Voces*, No. 7, GDDL – Quito.

de un efectivo aparato partidario. Ello, y la permanente interacción de Evo Morales con los militantes de tales organizaciones, vuelven muy laxos los límites entre el instrumento político y los movimientos sociales y permiten que las bases ‘masistas’ sean muy sensibles al espacio en que estos últimos se desenvuelven<sup>26</sup>.

Para los líderes transformadores con partidos políticos institucionalizados el problema del cambio se presenta, prioritariamente, en las arenas del desarrollo económico nacional y de la justicia distributiva (equidad, combate a la pobreza, etc.). Sus organizaciones ocupan ya un espacio reconocido en el sistema político y, aunque busquen ampliar su margen de influencia pública en él, incorporar nuevos sectores sociales en el proceso democrático o incluso realizar ciertas reformas institucionales, no pretenden y no les hace falta recomponer integralmente el régimen político.

Por el contrario, para los líderes transformacionales emergentes y sin partidos políticos estructurados más o menos institucionalizados, la posibilidad del cambio se ha presentado como una ruptura radical y conflictiva con el ‘modo de organización social’<sup>27</sup> en su conjunto y dentro de éste, en primer término, con el orden político en el que no han tenido cabida. Su agencia política no busca únicamente, entonces, sacar a sus sociedades de un estado de crisis social específico sino, a la vez, reconfigurar el espacio político en la perspectiva de ampliar las condiciones que les permitan instituirse en el tiempo y consolidar el proceso de cambio que abanderan. Crisis y cambio aparecen, así, como problemas eminentemente políticos que requieren alterar los escenarios y las relaciones de poder vigentes. Ahí el lugar de las Asambleas Constituyentes y el peso de los liderazgos políticos como mecanismos institucionales para la refundación de la comunidad política<sup>28</sup>, la apertura de regímenes políticos restringidos, y la recomposición del orden político.

<sup>26</sup> Ver Hervé Do Alto, 2007, “El MAS-IPSP boliviano, entra la protesta callejera y la política institucional”, en *Reinventando la nación en Bolivia*, Karin Monasterios et. Al. (editores), La Paz: CLACSO-Plural.

<sup>27</sup> O. Ozlak (2007) plantea que este concepto integra los componentes de desarrollo económico, gobernabilidad democrática y equidad distributiva y no se limita al problema de los sistemas democráticos o del Estado democrático (pp. 50). Ver, “El Estado democrático en América Latina. Hacia el desarrollo de líneas de investigación”, *Nueva Sociedad* No. 210, julio-agosto, Buenos Aires.

<sup>28</sup> Garretón señala que la denominación de populistas a los nuevos regímenes progresistas de la región olvida que, a diferencia de los “populismos clásicos”, los vigentes procesos políticos no buscan incorporar a nuevos actores sociales en una comunidad política previamente existente sino que procuran crear una nueva comunidad política. Ver, Garretón, M. A. 2006. “Modelos y liderazgos en América Latina”, *Nueva Sociedad* No. 205, Buenos Aires.

Si, en el primer caso, el proceso de cambio opera bajo el impulso de la agencia transformadora pero desde el interior del sistema político, aún si en tal dinámica se incorporan nuevos actores sociales, en el segundo el cambio transcurre en la perspectiva de la construcción de una nueva comunidad política y por medio de un conflictivo proceso de movilización y politización social encausado desde los nuevos líderes transformacionales.

La pregunta es, en uno y otro caso, si las plataformas organizativas –llámese partido o movimiento político– en que se sostienen los procesos de cambio que hoy vive la región son lo suficientemente complejas, amplias, plurales y dialogantes como para involucrar a la sociedad en el proceso democrático y recuperar así la confianza, el anclaje popular y la dimensión utópica que algún día tuvo la política progresista. Para responder a tal cuestión, de un modo que pueda captarse la riqueza y la heterogeneidad de las experiencias aquí analizadas, se ha dividido el texto en dos grandes partes.

En la primera se presentan un conjunto de artículos que hacen referencia a la experiencia de construcción y unidad de los partidos y movimientos políticos en Colombia, Bolivia, Brasil, Uruguay y Chile. Se intercalan allí los textos de militantes e intelectuales ligados a cada proceso organizativo, con los comentarios de dirigentes políticos de algunas de las fuerzas progresistas ecuatorianas.

En un segundo momento, el texto presenta cinco artículos que hacen un recuento de los procesos de estructuración de alianzas, bloques y fuerzas de coalición en el campo de las izquierdas ecuatorianas. Si bien se enfatiza en el análisis político de las tres últimas décadas, con la discusión del proceso de unidad gestado por el Frente Amplio de Izquierda (FADI) en los años 80, la políticas de alianzas del movimiento indígena y Pachakutik en los 90, y la emergencia de Alianza País en el segundo lustro del nuevo siglo, también se deja lugar para la reflexión acerca de la experiencia histórica de unidad partidaria de la izquierda ecuatoriana en el 28 de mayo de 1944, una de las experiencias de masas más importante del siglo XX.

Agradecemos, finalmente, a todos los participantes en el evento que dio forma a esta publicación: Agustín Canzani, Alberto Acosta, Andrés Páez, Augusto Barrera, Edgar Isch, Fernando Cordero, Gilberto Talahua, Gustavo Ayala, Gustavo Larrea, Iole Iliada, Joao Víctor, Jorge Guamán, Luis Carlos Valencia, Marcelo Schilling, Marc-Saint Upéry, Martha Roldós, Moira Zuazo, Nelson Berrio, Norman Wray, René Mauge, Ricardo Carrillo, Ricardo Patiño, Roberto Conde, Santiago Escobar, Santos Ramírez, Silvia Vega y Xavier

Buendía; y esperamos que el texto sea parte de un amplio y necesario diálogo político sobre la compleja vida partidaria y organizativa de las fuerzas progresistas de la región.